

NO MOLESTES A MI HERMANITA



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

A mi querida hermana

Recuerdo que era una tarde como ésta, calurosa, primaveral, brillante y, sin embargo, en nada se parecen. Y cuando digo en nada es la pura verdad. Empezando por el ambiente seco de la bella Castilla; el lejano ronroneo de los motores de los coches que se afanan por llegar a una meta; las voces roncadas y acaloradas de los hinchas que, frustrados, insultan a su equipo; el sonido discordante de un claxon que se excita alterado al no llegar a tiempo.

También puedo escuchar el ladrido impaciente de un perro malcriado que, atado a una farola, espera que su dueño lo libere de esa correa infame que lo tiene retenido junto al supermercado. El sol tampoco es ya el mismo, según dicen, ahora es más dañino, menos conciliador, más agresivo con los seres humanos. O quizás

sea el aire que se va desgastando de tanto respirarlo. No sé. Y, por supuesto, de toda mi persona ya no queda ni un átomo de la niña que fui. Aunque en este punto ya no estoy tan segura porque, ¿dónde se han escondido todos estos recuerdos? Supongo que estarán protegidos en algún rinconcito de mi viejo cerebro.

La tarde que recuerdo era una tarde cualquiera de principios de los años 50. Era una tarde cálida y suave, de la deliciosa primavera de mi ciudad natal, Valencia. El aire blando y húmedo rociado con olores de huerta. Los sonidos amables de las pequeñas hojas, pálidas todavía, casi recién nacidas. Los chiquillos jugaban con esa alegría sin precio que da la ingenuidad. Había varios grupos de niños, los justos para que sus vocecitas no llegaran a alcanzar ese ruido molesto que emborrona el sentido de todas las palabras. Rostros acalorados, sudorosos, y miradas de júbilo, pelos alborotados y ropas embarradas de la tierra del campo.

Nuestra calle era estrecha, pequeña, una breve frontera entre el asfalto gris y la negra y fértil tierra de las huertas cercanas. Valencia terminaba y empezaban sus campos a extenderse hasta el mar. El siempre escaso invierno del mar Mediterráneo por fin nos había dicho adiós y solo, de vez en cuando, hacía una breve incursión para recordar a todas las madres previsoras que era muy conveniente cubrir a sus pequeños con leves rebequitas.

Al llegar el buen tiempo, un grupo de esas madres amigas y vecinas del barrio, bajaban a la calle cada tarde para alegrar las horas. Iban bien pertrechadas las madres de mi barrio. Llevaban una silla con asiento de enea por ser algo más fresco. La bolsa con labores; un par de bocadillos de contundente chusco empapado en aceite y un pellizco de sal y de pimienta roja. O en su caso, a veces, mezclado en la amalgama de harina y de centeno se escondía una mínima barrita de chocolate negro. No les hacía falta llevar un poco de agua, pues en la misma esquina

había una fuentecilla con rostro de angelito. Carita gordezuela, algunos caracoles cincelados en bronce y morritos en círculo que lanzaban con fruición el líquido elemento. Aquella cabecita refrescante, estaba situada sobre una breve columna de granito grisáceo y el agua jamás caía dentro de la pileta cóncava que había bajo su base. Los niños de aquel barrio sabíamos que era todo un problema beber de aquellas aguas sin mojarse la ropa. Y tan sencillo hecho, se convirtió en un arte que solo los mayores habíamos dominado...

Había que acercarse al gracioso angelillo por uno de sus lados. Presionar con el pie el resorte que estaba en una de las losas del suelo, inclinar la cabeza y calcular la altura de la boca del sediento y la altura del arco que el líquido formaba. Y una vez calculado, sintonizar el pie, la boca y la garganta y al inclinar la espalda procurar no caerse, porque se me olvidaba decir que las losas que rodeaban la fuente estaban en la umbría y se hallaban bajo una gruesa capa de baboso verdín. Un verdín resbaloso y traidor que

pringaba las sandalias, cuando menos, o hacía resbalar al infeliz sediento.

Era un barrio simpático, el de Montelivete. Laborioso y humilde cuyas callejas aún sin terminar se habían llenado de espacios o de pequeñas tiendas, fiel representación de las diversas ramas de nuestros artesanos. Había un carpintero. Un cerrajero. Una peluquería para caballeros y otra para señoras ésta pertenecía a mi madre que jamás se reunió con aquellas mujeres, porque no tenía tiempo. Había una “paraeta”, en la que se vendían miles de chucherías, incluyendo el famoso ‘Bazooka’ (un chicle americano que era color de rosa y de sabor a fresa). El quiosco o ‘paraeta’ de la señora Fuen-cis (en realidad Fuencisla), era el más visitado por las pandas del barrio, y su mayor negocio: el ‘intercambio de cromos’. Los chicos, los de fútbol, las niñas, los de cuentos (Bambi y Blancanieves se llevaban la palma).

Justo bajo de casa, y ocupando el espacio de dos campos enormes, la señora Daría dirigía con tino una pequeña fábrica. Allí, durante largas horas, tres hijos y ella misma, fabricaban cubiertas. Sombreros de cañizo que protegían del ardoroso sol en las cercanas playas y que Joaquín Sorolla supo inmortalizar en sus famosos lienzos.

En la panadería, había un horno de leña. Un hornosantuario donde, de tarde en tarde, se producía el milagro de los maravillosos panecillos de ‘pan blanco casero’; cuando, con un sellito en la *Cartilla de racionamiento* las laboriosas madres podían adquirir algo de harina virgen.

Todavía recuerdo aquellas tardes mágicas en las que mi madre se disponía a hacer las ‘vienetas’ crujientes, (vienetas las llamaban, ahora lo recuerdo). Aquel largo ritual era todo un prodigio... La harina blanca, el agua, una pizca de

sal y había que añadir la levadura previamente diluida en medio vaso de agua ingrediente que, a mis ojos de niña, era como los polvitos mágicos que hacían que se produjera el gran portento. Las manos expertas de mi madre tenían que mezclar toda aquella amalgama de productos. Unirlos, amasarlos, sobarlos con cariño y con firmeza, hasta lograr domarlos y transformarlos en una masa enorme. La bola, tan blanda y tan viscosa, tenía que reposar durante un tiempo en el fondo de un lebrillo de barro abrigada bajo el calor de un impoluto paño. La levadura tenía que cumplir su cometido y hacer que ese pequeño monstruo lograra crecer hasta alcanzar el borde del barreño. De vez en cuando, mi hermanita y yo no podíamos resistirnos a la tentación de levantar el tapado para poder disfrutar de aquel aroma extraño. Era muy excitante percibir el tibio vaho del futuro manjar.

Pasadas unas horas llegaba el gran momento. Mamá tenía que trocear la masa redondeada y formar hermosos panecillos y, solo en aquel momento, las niñas podríamos participar

del acontecimiento. Primero teníamos que lavarnos las manos muy cuidadosamente; después, cubrirnos con un delantal blanco para que se nos permitiese moldear algunas obras de arte, no demasiadas, dos o tres figuritas nada más. No estaba el panadero para perder el tiempo introduciendo sobre su larguísima pala de madera algo minúsculo que podría perderse en la ardiente oquedad de los ladrillos de su horno. Y a la hora sabiamente prevista por el panadero, podríamos recoger nuestra gran obra. Sin embargo todavía tendríamos que esperar unos minutos para poder hincarle el diente al milagroso pan, porque según nuestra querida madre la masa tan caliente era muy indigesta.

Recordando aquellos deliciosos panecillos no puedo dejar de mencionar los días que mamá cocinaba arroz al horno. Solía ser los domingos o fiestas especiales, porque la peluquería permanecería cerrada y ella podía disponer del tiempo necesario.

Pero abducida por aquellos recuerdos de un mundo inexistente en nuestro entorno de hoy me desvíó del hilo de este breve relato: los juegos de mi infancia...

Estaba describiendo las tiendecillas o lugares de trabajo que había en nuestro simpático barrio de Monteolivete de la Valencia de los años cincuenta. He de hablar, por lo tanto, del taller de 'Reparación de Vehículos de don Paco'. No porque el taller en sí fuera algo extraordinario, sino porque Paquito, el hijo de don Paco, era el capitán de la banda enemiga.

En aquella callejuela de Fray Jacinto Castañeda, con apenas viviendas, rodeada de huertas, de vaquerías y de cochiqueras, había muchos niños. Niñas y niños y todos muy traviosos. Traviosos e inocentes. Sería muy complicado catalogar aquel numeroso enjambre de chiquillos y solo me ceñiré a los más cercanos, a los que finalmente logramos organizarnos para poder

disfrutar de aquellas interminables tardes en las que el sol parecía brillar eternamente. Voy a hablar de dos ‘bandas principales’ cuyos protagonistas no habíamos cumplido todavía los diez años de edad: ‘La banda de Paquito’ y la de ‘Maripita’. Las dos pandillas más audaces y peligrosas de la barriada. Nuestra imaginación creaba cada día un juego diferente que había que cumplir a rajatabla. ¡Éramos fabulosos!

Recuerdo aquella tarde en particular porque tuve que lidiar la gran batalla contra Paquito, nuestro astuto enemigo. El solar trasero del garaje de don Paco era el lugar elegido para librar todas nuestras contiendas, allí estábamos resguardados de las miradas vigilantes de las madres y podíamos pelearnos libremente. Nuestras armas eran espectaculares, dignas de cualquier gran guerrero de la antigüedad. Magníficos arcos hechos de ramas arrancadas de los árboles, o tirachinas fabricadas con sólidas horquillas y cuidadosamente cinceladas con una navajita, cuyo perfecto filo facilitaba enorme-

mente la labor tan delicada, (cedida generosamente por Paquito ya que el resto de los combatientes no teníamos posibilidades de poseer una herramienta tan peligrosa). El motivo de nuestras pequeñas guerras incruentas solía ser siempre el mismo: arrebatarle un trozo de terreno al campamento de nuestros enemigos, y robarles sus tesoros ocultos. Sus joyas más valiosas, generalmente enterradas en algún lugar secreto de dicho campamento.

La banda de Maripita estaba muy orgullosa de la sólida caja de latón herrumbroso que hacía las veces de cofre del tesoro. Era una caja que había almacenado en su interior algún producto de la peluquería y, por lo tanto, muchísimo más fuerte y original que la blandengue cajita de galletas de la banda de Paquito. En su interior había algunas monedas aportación de los miembros de la pandilla para poder formar parte del equipo. Pero el verdadero valor de nuestro gran tesoro lo formaban unos cromos. No unos cromos cualquiera, sino los muy especiales que

eran imposibles de conseguir incluso en la “paraeta” de la señora Fuenci.

El Código de Honor de los niños de la calle de Fray Jacinto eran muy estrictos, y si alguno se saltaba las reglas quedaba inmediatamente expulsado de la banda. La duración o penalización del castigo, dependía de la gravedad de la infracción cometida por sus miembros; un día de expulsión o una semana, pero si era el jefe el que había incumplido alguna de las normas se exponía a perder su condición de jefe y eso sí que era un terrible deshonor.

Se consideraban como faltas graves: El disparar nuestras municiones por encima de la cintura del enemigo. Tirarle de los pelos a las niñas. Mentir en nuestro juramente de lealtad a la banda y, entre otras, la cobardía en los ataques y utilizar a los hermanitos pequeños de los niños como escudos humanos para protegernos de nuestros enemigos. Y es precisamente en este punto en el que Paquito y yo perdimos nuestros cargos de capitanes durante más de un mes.

Pero debo explicar las circunstancias en las que ambos tuvimos que afrontar aquel castigo deshonroso.

Como he comentado anteriormente, la mayoría de los valientes ‘bandoleros’ (me voy a permitir utilizar esa palabra ya que ese nombre siempre está rodeado de un halo de romanticismo), teníamos entre los ocho y los once años. Y como era de esperar, casi todos teníamos hermanitos pequeños que podían alegrarnos la vida o convertirse en nuestra mayor pesadilla porque no había modo de que nos dejaran jugar tranquilamente.

Aquel día en cuestión, recuerdo que hacía muchísimo calor y mi hermana Josefinita, que solía ser reposada y solitaria, decidió construir con algunos pedazos de ladrillo su casa de muñecas en un rincón sombreado que estaba situado justo en el campamento de Paquito. Ese fue el principio de nuestra perdición. Paquito,

enardecido en el furor de la batalla y viendo que las huestes enemigas estábamos a punto de arrollarlo antes de que se protegiera en el interior de sus dominios, corrió enfurecido hasta el lugar donde mi dulce y solitaria hermana parlo-teaba con sus muñecas en voz baja. Paquito frenó en seco delante de la niña.

— “¡Lárgate de mis tierras enana!” , le espetó con energía frunciendo el entrecejo de manera agresiva.

Ella terriblemente sorprendida, alzó sus ojos y, durante un breve instante, mantuvo su mirada fija en los ojos de él. Incapaz de articular palabra, abrazó sus muñecas, pero el cobarde capitán, ajeno al terror de la niña, destrozó in-misericorde su casa de muñecas. Sin poder defenderse, mi hermanita comenzó a llorar des-consoladamente.

La batalla se detuvo al instante como la imagen de una película que queda congelada en plena acción. Paquito me miró desafiante, yo corrí hacia él y le di un empujón que casi lo hizo caer de espaldas, tomé a la pequeña víctima de la mano e intenté retirarme. Pero mi enemigo todavía no se sentía vencido por completo, y yo no consigo recordar por qué aquel día llevaba el pelo suelto (seguramente se me habían deshecho las dos trenzas que solía llevar cuando jugaba).

Paquito se revolvió lleno de furia y agarró con todas sus fuerzas un mechón de mi pelo. Durante unos segundos se me nubló la vista. Grité y lloré y tuve que acurrucarme en el suelo para soportar el terrible dolor. Pasados los primeros minutos de agonía, me revolví contra él y le asesté una patada en pleno estómago. Paquito se dobló sobre sí mismo y yo cogí de nuevo la mano de mi hermana y me dirigí a la fuente para lavar mi cara y mis heridas antes de regresar a casa.

Cuando nos cobijamos en el agradable frescor del pequeño portal, le hice prometer a Josefinita que no debía contarles nada de lo ocurrido a nuestros padres porque nos prohibirían bajar a jugar a la calle. Entonces ella era demasiado pequeña para comprender y por eso solía obedecerme siempre.

El día que parecía tan prometedor había terminado en una cuasitragedia, pero ése no sería el final de esta desagradable historia.

La mañana siguiente amaneció tranquila aunque yo seguía teniendo mucho dolor en la parte de la coronilla, pero mi abundante cabellera parecía no haber sufrido demasiados estragos. Recuerdo que sería media mañana cuando sonó con insistencia el timbre de la puerta, mamá solía dejarla entreabierta para que las clientas de la peluquería entrasen sin tener que abrirles. Pero aquella vez el timbre no paró de sonar y mamá y yo coincidimos en el recibidor para ver cuál era el motivo. Y allí, frente a noso-

tras, estaban doña Elpidia y Paquito cogido de su mano...

La señora Elpidia, se me antojó una hidra enfurecida, con su pelo teñido de rubio y sus larguísimas uñas pintadas de rojo sangre. Yo, aterrorizada, me refugié detrás de mi madre. Sin embargo la escena no fue excesivamente dramática, doña Elpidia, con voz queda, se lamentaba del increíble comportamiento de 'la niña', que le había propinado una terrible patada en el estómago a Paquito y el pobre había vomitado varias veces.

Mi madre se dirigió a mí y en su mirada tuve la sensación de percibir una agresividad que yo no conocía. Entre rabia y sollozos, les narré mi versión de lo ocurrido y les mostré lo que yo creía que era un chichón en mi cabeza. Ambas madres revolvieron mi pelo y en el lugar que les mostré no había chichón alguno. Un redondel rosáceo del tamaño de un chavo (moneda de

diez céntimos de peseta) ocupaba el lugar del mechón arrancado. Un horrible claro en medio del bosque de cabellos. Doña Elpidia se estremeció al ver la repugnante calva (ella que cuidaba tanto su dorado cabello). Dulcificó sus ojos; se giró hasta donde se había escondido Paquito y le propinó un sonoro cachete al tiempo que le gritaba:

— “¡Anda ve para casa que ya hablaremos del tema con tu padre! Y... ¡estás castigado sin salir a la calle!

Mi madre me envió a mi habitación prometiéndome el mismo castigo.

La charla con mamá se retrasó hasta que la última clienta hubo abandonado el salón de la peluquería. Durante varias horas permanecí sola en mi habitación, sin otra compañía que un libro, el miedo y la vergüenza. El desánimo y la tristeza en el corazón ante el incierto futuro que se me presentaba.

La casa ya estaba silenciosa cuando mamá entró en mi cuarto para charlar sobre lo que había sucedido. Su mirada había recuperado su dulzura habitual, recuerdo que aquello me pareció una buena señal. Me va a perdonar, pensé... Primero ella me hizo explicarle de nuevo lo ocurrido y después hablamos durante largo tiempo. Pero en aquella charla no solo se habló de perdón y de arrepentimiento, creo que fue la primera vez que mi madre se dirigió a mí como si me considerase una persona adulta. Por un lado me sentí aliviada, pero por otro comencé a experimentar el peso de una nueva responsabilidad. De repente me sentí muy mayor.

Aquella primavera, las horas transcurrieron lentamente. No podría decir a ciencia cierta el tiempo que pasó hasta que un día doña Elpidia regresó a la peluquería con Paquito y le dijo a mi madre si creía conveniente que ambos capitanes se dieran un abrazo. Así lo hicimos. Después de aquel acercamiento mutuo segui-

mos siendo amigos durante muchos meses, pero creo recordar que entre nosotros no hubo más batallas ni más juegos de niños...

Madrid, mayo de 2015